Diario Sur, 23 junio 1991

Conversaciones flamencas

H. ZURITA

Entre los flamencólogos podemos distinguir dos clases bastante diferenciadas, cada una con suficientes méritos para merecer el vocablo, aunque por lo feo y esdrújulo y también en muchos casos por modestia no se apetezca esta denominación entre los que tratan de descubrir al mundo la idiosincrasia de este arte andaluz. A mi entender son: los que por todos los medios a su alcance nos informan de las actividades flamencas, y los historiadores, que además hurgan en archivos y bibliotecas para deshacer entuertos y darnos cada vez una información más exacta y fría de la evolución de este arte y de sus intérpretes.

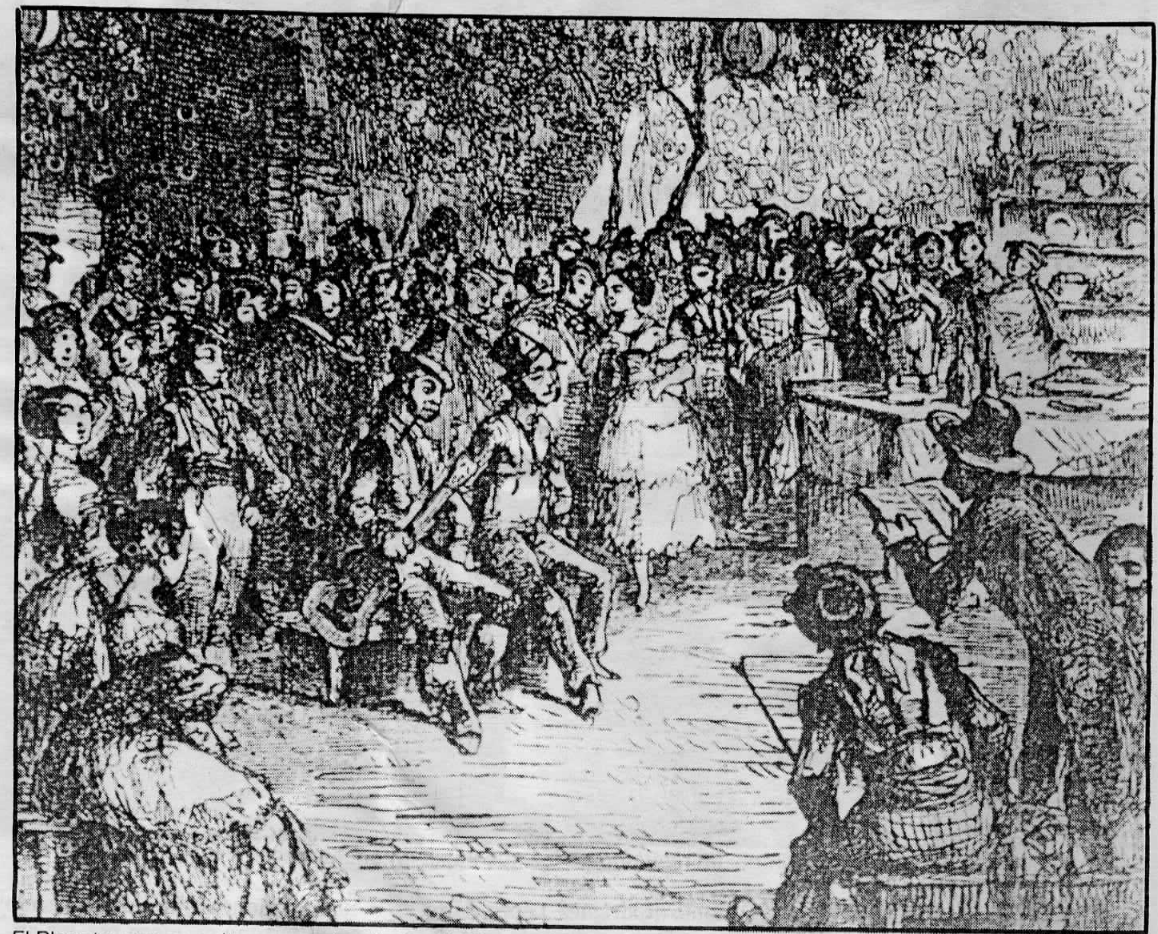
A la hora de tomar un camino, las dos sendas son peligrosas. La descendente parece más fácil. Sólo hay que opinar libremente sobre los asuntos flamencos, dando incluso verdades a medias para dar más énfasis al criterio particular de cada uno, la mayoría de las veces con poco fundamento y mucho alarde poético, y por lo tanto sujetas a ser zancadilleadas por el camino.

La otra tira «p'arriba». Escabrosa a más no poder, de sinuoso trazado y sudorosos repechos capaces de quitarle el ánimo al más pintado. En ésta no se encuentra quien ponga zancadillas y, cuando se llega a la meta y se acaban las «ducas», se entra por la puerta grande de ese extraño mundo del respeto, la consideración y el agradecimiento.

También existe el término medio. Los esforzados obreros que tiran por el camino «denmedio», con benévola y paciente resignación, y cuyo único fin es mantener en candelero el arte flamenco durante todos los momentos del día, de la noche, de la semana, del mes y del año.

Gracias a estos menestrales, cualquiera sea la senda que hayan elegido, se tiene conocimiento de unas primeras figuras, más etéreas que corpóreas, que se supone cantaron algo parecido a lo que hoy consideramos flamenco. Estos personajes son: Junquillo de Málaga, Tío Luis el de la Juliana, Tío Perico Cantora y El Planeta.

Como ocurre que el vocablo «flamenco» se empezó a utilizar a mediados del siglo pasado para definir un conglomerado de cantos melismáticos andaluces de diferentes procedencias, «en d'aquí p'alante» utilizará el vocablo «cante» cuando tenga que referirme a «cante flamenco».



El Planeta, con su guitarra; a su izquierda, El Fillo

Olvido

Junquito de Málaga es una espina de rosal que tienen clavada los gitanófilos en el corazón y que el dolor que les produce quieren mitigarlo con el olvido más rotundo, no mereciendo ser incluido, ni tan siquiera para negar su existencia, en el Diccionario Enciclopédico Ilustrado del Flamenco. Se trata de un hallazgo de José Luque Navajas: «El más antiguo testimonio escrito que existe de un cantaor se refiere, precisamente, a un malagueño: Junquillo de Málaga, cuya figura queda recogida en un entremés anónimo de 1748 titulado "El colegio de los poetas". Un personaje de entremés no tiene que ser precisamente real, pero en caso de que existiera, ¿era cante lo que hacía el tal Junquito?».

Tío Luis el de la Juliana se encuentra en la relación de cantaores que Juanelo le proporcionó a Demófilo y que éste publicó en 1881 como introducción de sus «Cantes flamencos» y que apostilla de cantaor muy completo que hacía polos, cañas, livianas, seguidillas gitanas y «una toná de las que ya no se ve quien las cante por el mundo, ni por un ojo de la cara».

Tío Luis floreció en el siglo XVIII (1780, según Manuel Ríos Ruiz), por lo que Juanelo ni lo vio ni oyó lo que cantaba. Se tiene conocimiento de su existencia por tradición oral gitana. Y ratifican su pase por este mundo, además del citado Demófilo, casi todos los flamencólogos. Rodríguez Marín apunta además que fue maestro de El Fillo y de los hermanos José y Luis Jesús Cantoral ¿?

Blas Vega, que sólo pone la mano en el fuego cuando está respaldado por una fidedigna documentación, da por buena su existencia en su tratado «Las tonás», donde explica que Tío Luis cultivó con preferencia este tipo de cante, en el que fue un verdadero maestro y le atribuye la toná grande, la del Cristo y la de los pajaritos. No sé si existe otra fuente informativa además del «enciclopédico» Juanelo.

Tío Perico Cantoral, el más etéreo de los cuatro, cuenta con buenos avales, que intentan demostrar su existencia a trancas y barrancas. Nos lo «recomienda» Alvarez Caballero, que lo conoce por Juan de la Plata, el que husmeando en el Archivo Histórico del Ayuntamiento de Jerez, se encuentra nada menos que el censo de gitanos residentes que mandó elaborar Carlos III, donde se especifica el trabajo a que se dedicaban y otras circunstancias personales y familiares.

¡Atentos ahora! Juan de la Plata —dice Alvarez Caballero— ve, en el referido censo, un tal Pedro Cantoral «coetáneo evidentemente de Tío Luis el de la Juliana, que hizo constar allí su profesión de **cantaor**».

Vocablos

En 1935 Fernando el de Triana, en «Arte y artistas flamencos», todavía utiliza los vocablos **cantaor, bailaor y tocador.** Difícil veo que en (1783) apareciera el vocablo **cantaor** con el que actualmente se designa al artista flamenco para diferenciarlo de «cantante» y «cantador». Me gustaría una barbaridad saber exactamente lo que el escribano escribió o intentó escribir referente a la profesión de Pedro Cantoral y lo que Juan de la Plata leyó.

Pero Bernard Leblon, sin acento en la o, en la ponencia presentada en la Conferencia Internacional de Jerez, celebrada en 1988, presenta un completísimo estudio de 35 apellidos de los censos de 1784 y 1785 que se hicieron por voluntad de Carlos III. Y como no quiero quitar ni poner ni una tilde voy a copiar textualmente: «Así en 1875, los **Cantoral** son solamente cinco y viven todos en Jerez. Se trata primero de la familia de Pedro (Tío Perico), nacido en 1721 en esta misma ciudad. Es carnicero, vive en la plaza de los Silos, está casado con María de Valencia y tienen, a estas alturas, dos hijas llamadas María y Sebastiana y un hijo de cuatro años llamado José. En la calle de la Oliva vive Manuela, soltera, nacida en 1753, hija de Juan (probablemente hermano de Pedro) y de Manuela Gaspara **de Flores**, ambos difuntos».

Pero no termina aquí el parrafito. Si lo describo me llena de confusión respecto a la profesión que resulta de leerse los censos manuscritos de 1784 y 1785 de Jerez, lo que sigue me introduce en un triángulo en el que en cada uno de sus agudos vértices se encuentran Alvarez Caballero, Juan de la Plata y Bernard Leblon. Veamos el final del párrafo de Bernard Leblon: «De Pedro Cantoral "Tío Perico" sale la rama de los Torres, según Juan de la Plata».

No lo entiendo.

Parece que hay cierta confabulación en querer demostrar que a Pedro Cantoral, uno de los cinco Cantoral que aparece en uno o en los dos referidos padrones como carnicero, se le apode «Tío Perico» y además sea «cantaor» de profesión.

Los Cantoral cantaores son pura leyenda. La única noticia que se tiene de ellos nos la da Demófilo, que se la proporcionó el «enciclopédico» Juanelo de Jerez, previo pago de su importe, que no introduce en su «colección» ningún Pedro ni Perico Cantoral y que por dos duros más le hubiera revelado a Demófilo las genealogías cantaoras de los Reyes Magos.

El Planeta es harina de otro costal. Estébanez Calderón no sólo lo vio y oyó, sino que nos hace una buena descripción de su indumentaria y cante. En 1839, ejerciendo de jefe político de Sevilla, no desaprovecha ninguna oportunidad de atravesar el famoso puente de barcas para concurrir a las fiestas que se dan en Triana: «En la democracia práctica que hay en aquel país —nos dice— no causó extrañeza la llegada de gente de tan distinta condición de la que allí se encontraba en fiesta (...) "El Planeta", veterano cantador y de gran estilo, según los inteligentes, principiaba un romance o corrida después de un preludio de la vihuela y dos bandolines».

Reprimenda

En otra escena, nuestro paisano nos refiere la reprimenda que El Planeta le dio a El Fillo en cierta ocasión por su costumbre de «salirse de los cánones establecidos del cante: "Te digo El Fillo, que esa voz de Broncano es crúa y no de recibo; y en cuanto al estilo, no es fino ni de la tierra. Así te pido por favor, que no camines por sus aguas y te atengas a la pauta antigua, y no salgas un sacramento del camino trillado"». El Fillo, todo contrito, le respondió: «Ya estaba yo en eso, "señor planeta". Aunque me separe así y por allá alguna pizca de los documentos de la gente buena, en cuanto me hace una seña la capitana, entro en el rumbo y me recojo al convoy».

La existencia y portento de El Planeta queda reflejada en una información que unos años después, el 25 de febrero de 1853, aparece en el periódico «La Nación», de Madrid, que encuentra Blas Vega, y de la que entresaco estas líneas: «Se habla nada menos que de la próxima venida de El Planeta y María la Borrica, celebridades bien conocida en el barrio de Triana de Sevilla...».

Que se tengan más o menos referencias de estos «padres» del flamenco no quiere decir que no hubiera un enjambre de cantaores navegando en el mismo barco.

Pero es El Fillo el primer cantaor del que no hay dudas que hizo escuela y le dio un aire nuevo a los cantes, si tenemos en cuenta la reprimenda que le dio El Planeta, y del que se cuenta y no se acaba. Pero yo cada vez me aburro más cuando veo las mutilaciones o ampliaciones que se hacen de valiosos textos documentales. Tomemos por ejemplo la redacción que se hace en el Diccionario Enciclópedico Ilustrado del Flamenco, respecto a la referida reprimenda. Se comen nada menos que el siguiente texto: «Y en cuanto al estilo, no es fino ni de la tierra». Por tanto, quieren dar a entender que la regañina es por la voz de Broncano (difícil me resulta que se pueda regañar a una persona para que cambie su timbre de voz) cuando es todo lo contrario, es por «salirse» del cante trillado y hacer lo que le pide el cuerpo... y el público.

SE TIENE CONOCIMIENTO DE UNAS PRIMERAS FIGURAS, MAS ETEREAS QUE CORPOREAS, QUE SE SUPONE CANTARON ALGO PARECIDO A LO QUE HOY CONSIDERAMOS FLAMENCO. ESTOS PERSONAJES SON: JUNQUILLO DE MALAGA, TIO LUIS EL DE LA JULIANA, TIO PERICO CANTORA Y EL PLANETA